

San Manuel Bueno, mártir,
de Miguel de Unamuno
(1931)



¿Valverde de Lucerna?



Ribadelago, 9 de enero de 1959



Unamuno realiza una excursión el 1 de junio de 1930 al lago de San Martín de Castañeda, lugar donde sitúa la historia de San Manuel Bueno.

Escribe la novela en el segundo semestre de 1930

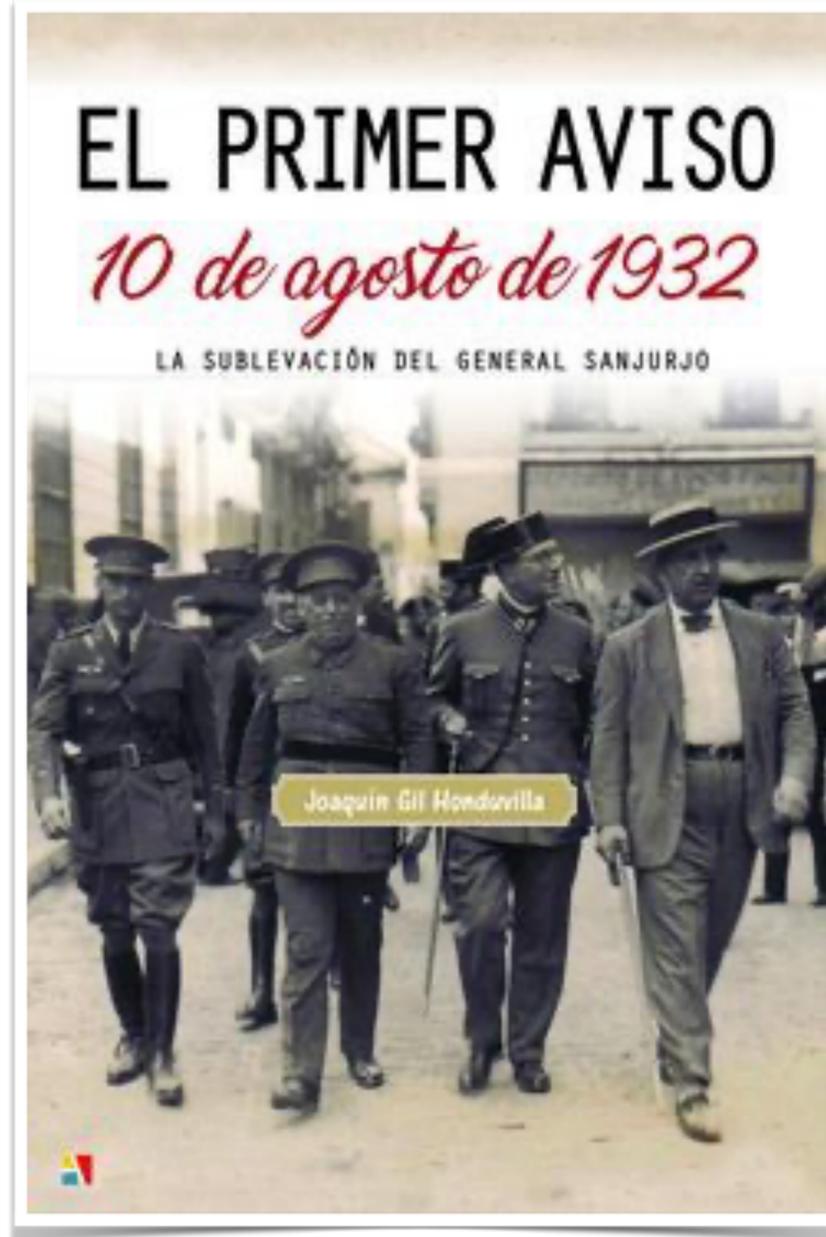




Se publica por primera vez en la revista *La Novela de Hoy*

(1931)





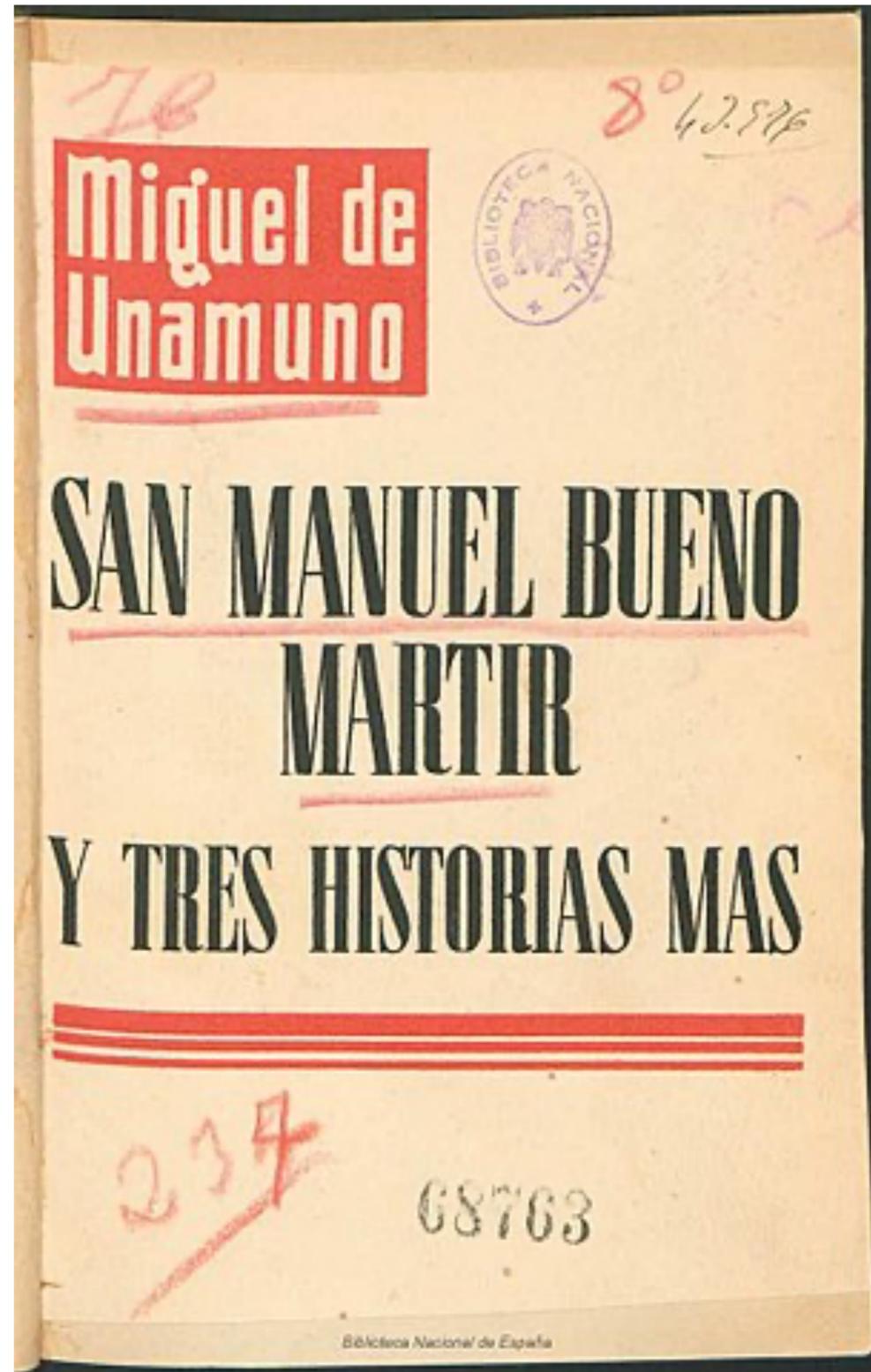
Enero de 1933

Diario *El Sol*,
14 de octubre
de 1931

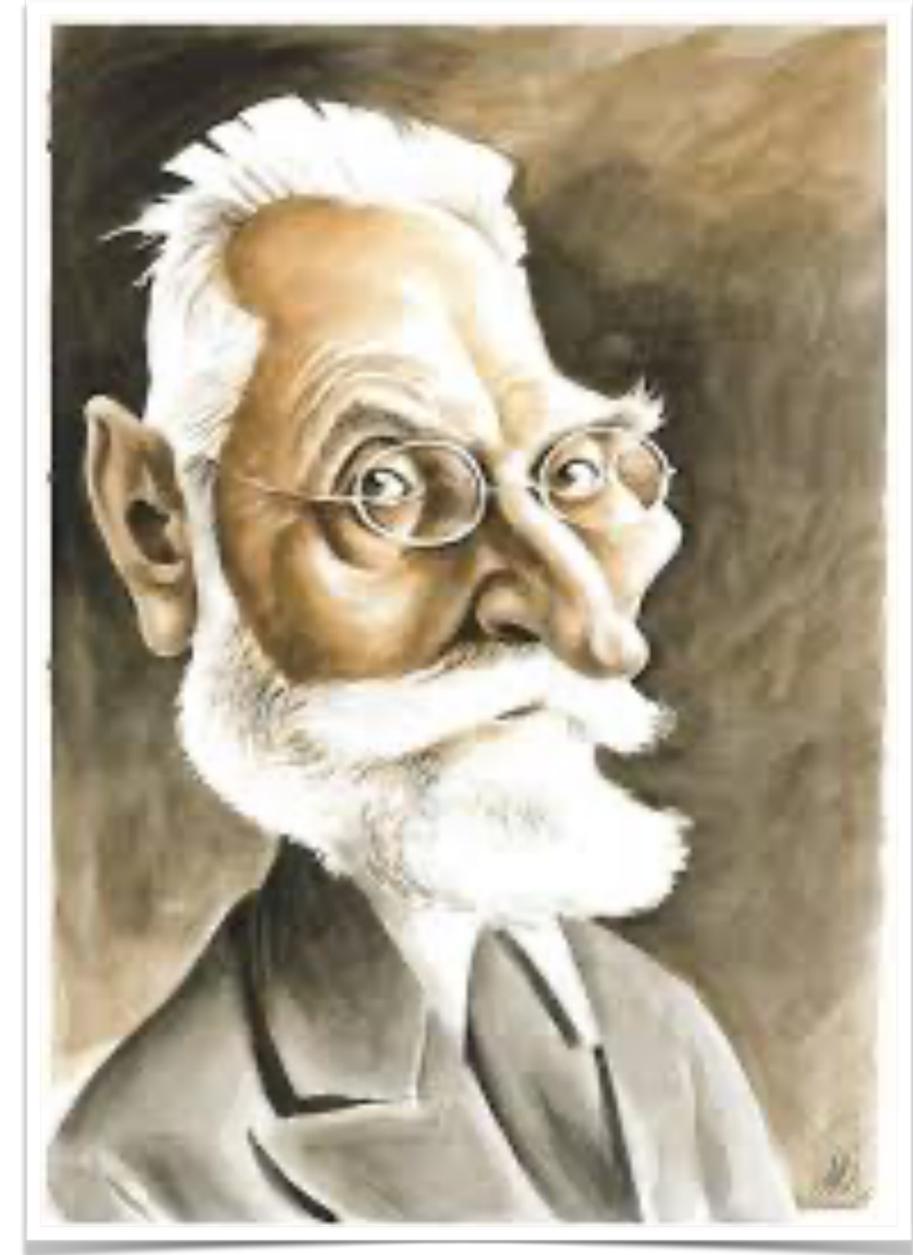


El Sr. Ministro de la Guerra:

Para afirmar que España ha dejado de ser católica tenemos las mismas razones, quiero decir de la misma índole, que para afirmar que España era católica en los siglos XVI y XVII. Sería una disputa vana ponernos a examinar ahora qué debe España al catolicismo, que suele ser el tema favorito de los historiadores apologistas: yo creo más bien que es el catolicismo quien debe a España, porque una religión no vive en los textos escritos de los Concilios o en los infolios de sus teólogos, sino en el espíritu y en las obras de los pueblos que la abrazan, y el genio español se derramó por los ámbitos morales del catolicismo, como su genio político se derramó por el mundo en las empresas que todos conocemos. *(Muy bien.)*



Fue corregida tres veces e incorporó nuevos textos hasta ser concluida definitivamente y publicada en 1933.





Julio de 1936



¿Novela
religiosa?

.¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?

-¿Es que hay infierno, don Manuel?

-¿Para ti, hija? No.

-¿y para los otros, le hay?

-¿y a ti qué te importa, si no has de ir a él?

-Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo.

Y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, reflejado en el lago.

-Pero hay que creer en el infierno como en el cielo

-repliqué.

-Sí, hay que creer todo lo que enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica Romana. ¡Y basta!

-Pero tú, Angelina, tú crees como a los diez años, ¿no es así? ¿Tú crees?

-Sí creo, padre.

-Pues sigue creyendo, y si se te ocurren dudas, cállatelas a ti misma. Hay que vivir...

Me atreví, y toda temblorosa, le dije:

-Pero usted, padre, ¿cree usted?

Vaciló un momento y, reponiéndose, me dijo:

-¡Creo!

-¿Pero en qué, padre, en qué? ¿Cree usted en la otra vida?, ¿Cree usted en que al morir no nos morimos del todo?, ¿Cree que volveremos a vernos, a querernos en otro mundo venidero? ¿Cree en la otra vida?

El padre santo sollozaba.

. Cómo don Manuel había venido trabajando... **para que fingiese creer si no creía,**
...

-¿Pero es posible? -exclamé consternada-

-¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: “Pero ¿es usted, el sacerdote, el que me aconseja que finja?, él, balbuciente: **¿Fingir? ¡Fingir no!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita que dijo alguien, y acabarás creyendo**”.

Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: “Y usted celebrando misa ha acabado por creer?, él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

(...) me susurró al oído...**¿La verdad?, Lázaro, es acaso algo terrible**, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella”. ¿Y por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?, le dije. Y él: “Porque si no me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritandola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerlos felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarlos... **¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas...la mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío.** (...)

-Y el pueblo -dije-, ¿cree de veras?

-¡Qué sé yo...! Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

-[Lázaro]: Bueno, pues cuando yo me vaya, reza por mí y por él y por todos.

.[Ángela]: Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que mi san Manuel y mi hermano Lázaro **se murieron creyendo no creer** lo que más nos interesa, **pero sin creer creerlo, creyéndolo en la desolación activa y resignada.**

.[Ángela]: Y es que creía y **creo que Dios Nuestro Señor**, por no sé qué sagrados y no escudriñaderos designios, **les hizo creerse incrédulos.** Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. Y yo, ¿creo?

.Y ahora creen en san Manuel Bueno, mártir, que sin esperar la inmortalidad los mantuvo en la esperanza de ella.

¡Y la última comunión general que repartió nuestro santo! Cuando llegó a dársela a mi hermano... Se le inclinó al oído y le dijo [don Manuel a Lázaro]: “No hay más vida eterna que esta..., que la sueñen eterna..., eterna de unos pocos años...”. Y cuando me la dio a mí me dijo: “Reza, hija mía, reza por nosotros”.

.Y tú, Lázaro, cuando hayas de morir, muere como yo, como morirá nuestra Ángela, en el seno de la Santa Madre Católica apostólica Romana...

(...)- No te aflijas Ángela, y sigue rezando por todos los pecadores, por todos los nacidos.



¿Novela de amor?

.Mi buena madre apenas si me **contaba** los hechos o dichos de mi padre. Los **de don Manuel, a quien, como todo el pueblo, adoraba, de quien estaba enamorada -claro que castísimamente-**, le habían borrado el recuerdo de los de su marido. A quien se encomendaba a Dios, y fervorosamente, cada día al rezar el rosario.

.(...) A mis diez años... Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y **había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago**. Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas los corazones, **y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón.**”

Me animé y empecé a confiarle mis inquietudes, mis dudas, mis tristezas...

Salí de aquella mi primera confesión con el santo hombre profundamente consolada. Y aquel mi temor primero, aquel más que respeto miedo con que me acerqué a él, trocose en una lástima profunda. Era yo entonces una mocita, una niña casi; pero empezaba a ser mujer, sentía en mis entrañas el jugo de la maternidad, y al encontrarme en el confesionario junto al santo barón, sentí como una callada confesión suya en el susurro sumiso de su voz, y recordé cómo cuando, al clamar él en la iglesia las palabras de Jesucristo: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado”, su madre, la de don Manuel, respondió desde el suelo: “Hijo mío!, y oí ese grito, que desgarraba la quietud del templo. Y volví a confesarme con él para consolarle.

-¿Y por qué no te casas, Angelina?

-Ya sabe usted, padre mío, por qué.

-Pero no, no; tienes que casarte. Entre Lázaro y yo te buscaremos un novio. Porque a ti te conviene casarte para que se te curen esas preocupaciones.

-¿Preocupaciones, don Manuel?

-Yo sé bien lo que me digo. Y no te acongojes demasiado por los demás, que hartos tienen cada cual con tener que responder de sí mismo.

-¡Y que sea usted, don Manuel, el que me diga eso! ¡Que sea usted el que aconseje que me case para responder de mí y no acuitarme por los demás!, ¡que sea usted!

-Tienes razón, Angelina, no sé ya lo que me digo; no sé ya lo que me digo desde que estoy confesándome contigo. Y sí, sí, hay que vivir, hay que vivir.

Y cuando yo iba a levantarme para salir del templo, me dijo:

-Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves?

Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio y dije:

-En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.

Y salimos de la iglesia, y al salir se me estremecían las entrañas maternas.



¿Novela
política?

Dice Ángela Carballino:

(...) Mi hermano Lázaro... hizo que mi madre me mandase al colegio de religiosas... **“Pero como ahí -nos escribía-no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya.”**

.Jamás en sus sermones se ponía a declamar **contra impíos, masones, liberales o herejes.** ¿Para qué, si no los había en la aldea? Ni menos contra **la mala prensa.**

.Así fui llegando a mis veinticuatro años, que cuando volvió de América, con un caudalillo ahorrado, mi hermano Lázaro. Llegó acá, a Valverde de Lucerna, con el propósito de llevarnos a mí y a nuestra madre a vivir a la ciudad, acaso Madrid. (...) Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico, se irritó contra éste. Le pareció un ejemplo de **la oscura teocracia en que él suponía hundida a España**. Y empezó a barbotar sin descanso todos **los viejos lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos y progresistas** que había traído renovados del Nuevo Mundo.

-En esta **España de calzonazos** -decía-, **los curas manejan** a las mujeres y las mujeres a los hombres... ¡y luego el campo!, ¡el campo!, **este campo feudal...**

.Mi hermano le propuso si no estaría bien que fundasen en la iglesia algo así como **un sindicato católico agrario...** -respondió tristemente don Manuel- ...”mi reino no es de este mundo”... Y en cuanto a eso del sindicato, es en ti un resabio de tu época de progresismo. No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. **Yo no he venido a someter a los pobres a los ricos, ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos... ¿Cuestión social?** Deja eso, eso no nos concierne...Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el **opio del pueblo...**

[Lázaro]: -Él me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado. él me dio fe... **fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida. Él me curó de mi progresismo.** Porque hay Ángela **dos clases de hombres peligrosos y nocivos:** Los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como **inquisidores** que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra... y **los que no creyendo más que en este mundo esperan no sé qué sociedad futura** y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro... de modo que hay que hacer que vivan de la ilusión.

.[Ángela]: **El pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras.**



¿Novela
filosófica?

.[Don Manuel]: “**Mi pobre padre**, que murió de cerca de noventa años, **se pasó la vida**, según me confesó él mismo, **torturado por la tentación del suicidio**, que le venía no recordaba desde cuándo, de nación, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida (...) Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio. (...) he asistido a bien morir a pobres aldeanos, ignorantes, analfabetos que apenas si habían salido de la aldea , y he podido saber de sus labios, y cuando no adivinarlo, la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, allí, a la cabecera de su lecho de muerte, **toda la negrura de la sima del tedio de vivir**. ¡Mil veces peor que el hambre! **Sigamos, pues, Lázaro, suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo** y que sueñe esta vida como el lago que sueña el cielo”.

.Y como por haberse quitado la vida, le preguntara el padre del suicida, un forastero, si le daría tierra sagrada, le contestó:

-Seguramente, pues en el último momento, en el segundo de la agonía, se arrepintió sin duda alguna.

.El contentamiento de vivir es lo primero de todo, nadie debe querer morirse hasta que Dios quiera.

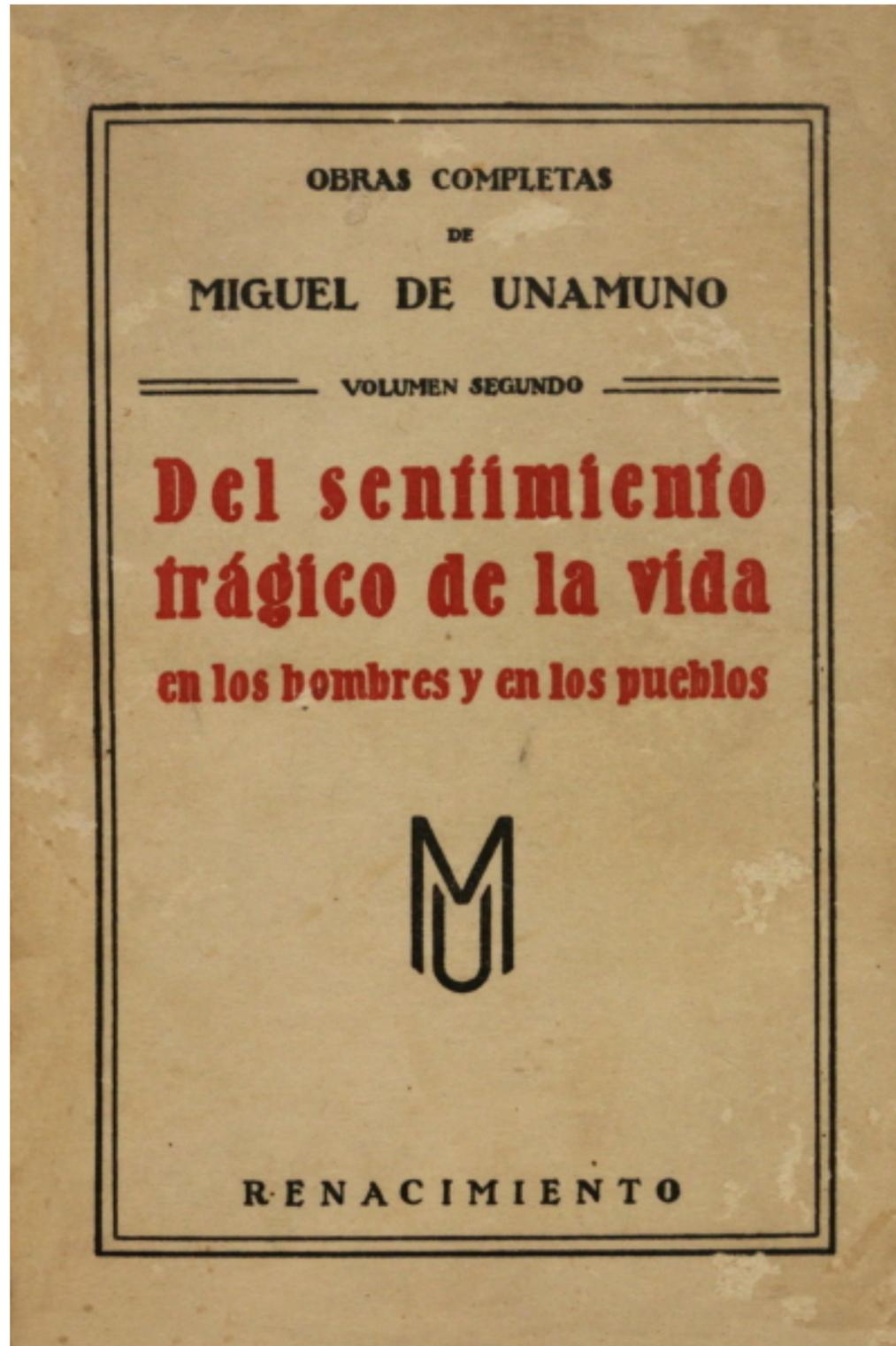
-¡Déjalos! ¡Es tan difícil hacerles comprender dónde acaba la creencia ortodoxa y dónde empieza la superstición!... Déjalos... mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aún cosas contradictorias entre sí, a no que no crean nada.

.(...) he comprendido que la alegría imperturbable de don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza.

En una carta a un amigo cuenta que, con 15 años, abrió al azar las Sagradas Escrituras por el versículo **“Id y predicad el Evangelio por todas la naciones”** (Marcos 16,15). Tras comulgar volvió a abrir la Biblia y se encontró entonces con Juan 9,27: **“Ya os lo he dicho y no habéis entendido, ¿por qué lo queréis oír otra vez?”**

Se apoderó entonces de Unamuno un fuerte estremecimiento, pero, a pesar de que entendiese aquella revelación como la inequívoca llamada de Dios al sacerdocio, continuó sus relaciones sentimentales con su novia Concha, con quien después contraería matrimonio.





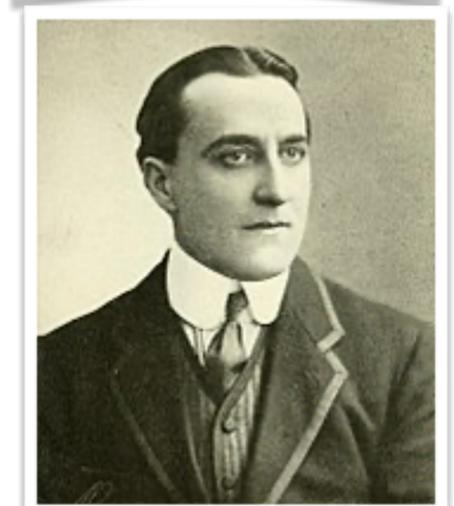
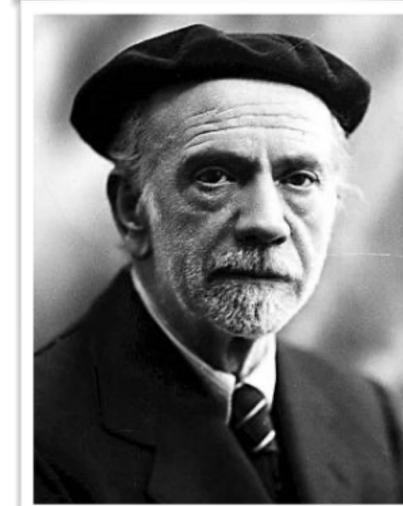
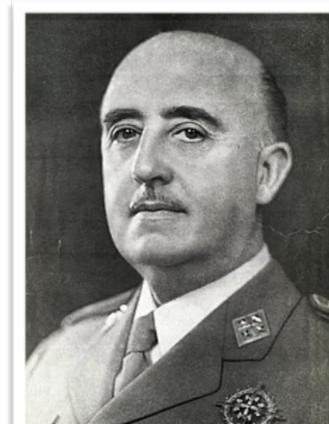
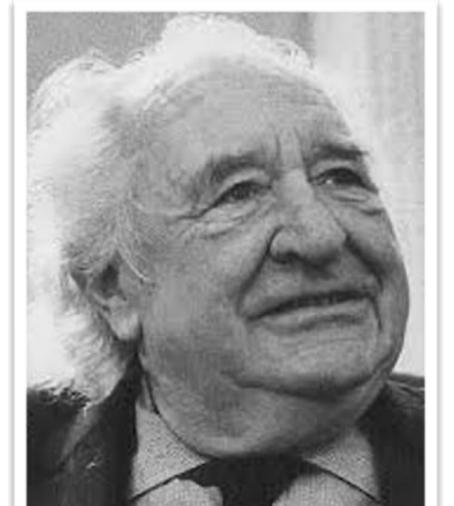
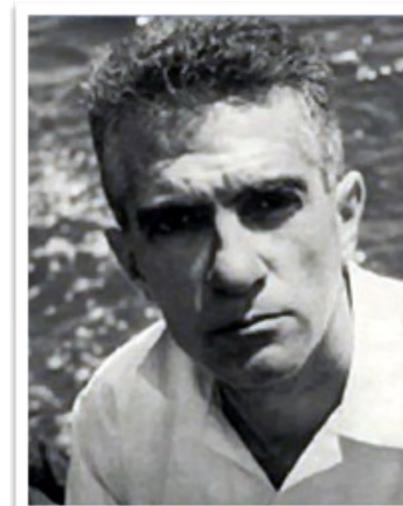
“No es, en rigor, que la razón nos lleve al **escepticismo absoluto**, ¡no! La razón no me lleva ni puede llevarme a dudar de que exista; adonde la razón me lleva es a un **escepticismo vital**; mejor aún, a la negación vital; no ya a dudar, sino a negar que mi conciencia sobreviva a mi muerte. El escepticismo vital viene del choque entre la razón y el deseo. Y de este choque, de este abrazo entre la desesperación y el escepticismo, nace la **santa, la dulce, la salvadora incertidumbre**, nuestro supremo consuelo.”

“¿Y te dejas engañar? ¿Te dejas que te la pegue? Pues esa es toda **la filosofía del sentimiento cómico de la vida**. De los chistes que se hacen en las comedias a cuenta de los cornudos, nadie se ríe más que los cornudos mismos cuando son filosóficos y heroicos... ¡Placer divino reírse de los reidores de uno!

“Que no me la pegue mi mujer; si me la pega, que yo no lo sepa, y si lo sé, que no me importe...”



¿Qué es un intelectual?



Miguel de Unamuno (Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936)